

Cleva Solís in memoriam

Mario Parajón

De mediana estatura, muy morena, muy seria, muy digna, muy humilde, muy humana, muy buena, Cleva Solís tenía muchas virtudes y la menor de ellas no era dar en el blanco. Esa gracia le fue concedida: acertada cuando hacía un juicio sobre un libro o sobre una persona o sobre lo que fuera. Y aparte de este espléndido don de discernimiento, sabía ser amiga cien por cien. Contar con el afecto y la estimación de Cleva era contar con una fortaleza hecha de roca, sólida y resplandeciente de lo que a ella le sobraba: dignidad. La asistía también otra cualidad que no abunda demasiado entre cubanos y escritores: sabía reconocer generosamente los méritos de los otros y se enriquecía con ellos.

Su poesía fue indudablemente de tono menor. Pero que nadie se confunda: un buen poeta menor no es un poeta mediocre que anda a la zaga de uno mayor. No es menor porque tenga menos talento, sino porque lo suyo es más la artesanía y la atención puesta en lo pequeño más que en lo grande. Cleva ejerció su señorío sobre este campo que ella supo cultivar sin la inelegancia del diminutivo ni la tontería del sentimentalismo. Pero a Dios gracias también sin sequedad, sin rabia y sin sombra de frustración.

Trabajó como la mejor de los empleados en la Biblioteca Nacional. Pasó una temporada en la cárcel en los primeros años de la década del sesenta. Luego se apartó de la política quizá pensando que el gran cambio que necesita Cuba debe comenzar por los que llamaba Lezama “cotos de mayor realeza”.

Fue también la gran enfermera gracias a la cual Samuel Feijoó se vio rodeado de todos los cuidados en la última temporada de su vida.